

TALLER DE INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA DE AFINA

Günther Wallraff, escritor y periodista, fue educado como librero y llegó a ser periodista por casualidad. Era un objetor convencido, pero fue alistado obligatoriamente en el ejército. Este hecho cambió su punto de vista sobre la sociedad y le puso en contra de las instituciones totalitarias. Después de su paso por el ejército realizó diferentes trabajos hasta que finalmente comenzó su carrera como periodista en periódicos de Frankfurt y Colonia. Conocido en Alemania y el Norte de Europa como escritor del mundo del trabajo industrial y obrero que a partir de sus investigaciones, pretende suscitar la conciencia de clase entre obreros y empleados. Es el periodista más temido por la clase dominante. Para él el fin justifica los medios: "wallraffa" en sueco significa "periodismo de investigación bajo falsa identidad".

El periodista indeseable: los trabajadores inmigrados o el capitalismo ordinario.

La terminología oficial denomina «trabajadores huéspedes»¹ a los trabajadores inmigrados. Este término es engañoso, pues tiene la función de sustituir el término «trabajadores extranjeros» y con ello evitar cualquier asociación de ideas con los cinco millones de trabajadores extranjeros deportados a Alemania bajo el III Reich. Este término es ilusorio: un huésped al que se obliga a trabajar para el anfitrión ya no es un invitado. Un alumno oyente/ por ejemplo, sólo, es estudiante a medias, no puede pasar el examen. «Trabajadores huéspedes»: esta denominación engañosa encubre la repugnancia que se siente en admitir a unos invitados extranjeros en su propia sociedad.

Según un sondeo realizado por la emisora WDR de Colonia, el 75 % de la población alemana está en contra de la utilización de los dos millones de trabajadores extranjeros. Ven en ellos una forma de competencia: «En momento de crisis no te los puedes sacar de encima, se quedan con nuestros empleos.» No es por azar que se enfrente a los trabajadores inmigrados contra los trabajadores alemanes y viceversa.

En marzo de 1965, Bild publicó bajo unos titulares gigantescos: «¡No queremos más italianos!» un artículo que se insertaba directamente en la línea del Sturmer² de Streicher (cuya consigna era «¡Fuera los judíos!») y que comenzaba con esta frase en mayúsculas: «Trabajan mal, faltan al trabajo con demasiada frecuencia y exigen unos salarios demasiado altos.» Exactamente un año después, Bild hacía otras afirmaciones incendiarias, aunque modificando ligeramente el ángulo de tiro (...) una cabecera de catorce centímetros de altura: «¿Los trabajadores inmigrados trabajan más que los trabajadores alemanes?» Bild no tuvo que esperar por mucho tiempo el resultado. A

¹ Juego de palabras intraducible entre *Gastarbeiter* (trabajador «huésped» - inmigrado) y *Gasthörer* (alumno «huésped» - libre),

² Diario nazi de Streicher, conocido por su antisemitismo.

primeras horas de la mañana, los vendedores de Bild pregonaban la noticia ante las puertas de las fábricas Daimler-Benz de Stuttgart; a mediodía, tres mil obreros de Mercedes paraban el trabajo durante unas cuantas horas, y en varios lugares los trabajadores inmigrados recibieron una paliza a manos de sus colegas alemanes. Gran titular de Bild al día siguiente: «Sin los trabajadores alemanes, nuestra economía se iría al traste.»

La experiencia muestra que la «mayor parte de los "culpables" se compone de hombres entre 20 y 50 años. Los hombres entre 20 y 50 años representan el 20 % de la población total de Alemania. En el caso de los trabajadores inmigrados, un porcentaje del 70 al 80 % se sitúa en la franja de edad anteriormente citada que proporciona en general -al igual que en el caso de los alemanes- la mayor parte de los criminales» (Manuel J. Delgado, Los trabajadores inmigrados en la prensa, 1971). Aunque las estadísticas indican que la criminalidad no es más elevada en los trabajadores inmigrados que en los alemanes, la prensa suele titular: «Un trabajador inmigrado saca el cuchillo» o bien «Un trabajador inmigrado derriba a un alemán», y da igual que el extranjero sea agresor o agredido. Otro ejemplo: «¡Que sean retiradas de una vez las armas homicidas en posesión de los trabajadores inmigrados! Muchos las utilizan sin preocuparse de las consecuencias» (Mittag del 14 de julio de 1967), o bien «Un turco se venga de un rival» (Kolner Stadt-Anzeiger del 21 de mayo de 1968). «De igual manera, los hechos son relatados de modo diferente según se trate de culpables "extranjeros" o «alemanes". Aquéllos [los trabajadores inmigrados] "no avisan", "amenazan", "atentan contra la seguridad del pueblo", "están movidos por los bajos instintos", etc. El trabajador inmigrado "asesina" a un alemán. Un trabajador inmigrado no es asesinado por un alemán, sino muerto. Ante el tribunal, un trabajador inmigrado es "testarudo e indócil", "niega los hechos". Un presidente de tribunal, al no cabe en la cabeza que la declaración de un inmigrado pueda ser creíble, expresa en estos términos: "Parece un cuento de las Mil y una noches. En el tribunal, sabemos por experiencia que los turcos y los griegos niegan los hechos por principio"» (Express del 1 de marzo de 1968).

De vez en cuando, las revistas ilustradas de mayor tirada publican artículos destinados a reavivar el sentimiento nacional de los alemanes a costa de los trabajadores inmigrados. En mayo de 1965, la Neue Illustrierte aparecía con un titular nazi: «¡Alemania sigue perteneciéndonos!» El artículo comienza de la siguiente forma: «¡Silban al paso de nuestras hijas, lanzan frases desagradables a nuestras esposas, pegan a nuestros policías, y encima pretenden que les queramos! En los paseos de Colonia, cuatro, cinco, seis trabajadores inmigrados avanzan de frente, con un aire provocador. Los alemanes les evitan. ¿Quién tiene ganas de que le claven un cuchillo en el vientre? Son numerosos los que piensan así y se callan. Se callan por miedo a las navajas de muelle de

nuestros brutales "huéspedes".» Y, en noviembre de 1968, Stern apela a los celos sexuales del alemán.

«Las aventuras están incluidas en el contrato de trabajo», sugiere Stern, ésta es la «idea con la que los italianos llegan a Alemania como trabajadores inmigrados. Se creen los más fuertes en la pista de baile y en la calle». Sigue el titular: «Las mujeres alemanas nos persiguen.» Según una advertencia de Stern, el matrimonio con un italiano es algo así como una lotería. «Es verdad que de cuatro mil parejas germano-italianas que desde 1956 se han casado en Baviera, sólo una pareja de cada doce se ha separado», manifiesta Stern (mientras el promedio de divorcios es mucho más elevado), pero Stern se considera capacitado para explicarlo: «La mayoría de los matrimonios que todavía no han fracasado son matrimonios desgraciados.» Encima, la foto de una chica rubia que huye las miradas lascivas de los trabajadores inmigrados, con este pie: «Es una cuestión de honor conquistar a una rubia. Por la noche o durante el fin de semana, cuando los meridionales se dan cita ante la estación principal de Munich, comienza la caza a las jóvenes alemanas.» Por consiguiente, es lógico que, por ejemplo, los cuatro mil italianos de Wolfsburgo, «una ciudad muy decente», que «no pueden encontrar salida a su virilidad reprimida de día en la cadena y de noche en sus habitaciones para hombres», estén acuartelados «en la residencia Berliner Brücke», rodeada de una valla, propiedad de las fábricas Volkswagen.

Stern nos muestra a «los italianos de Wolfsburgo que van cada fin de semana a un burdel de Brunswick, tropa de choque de una virilidad extraordinariamente activa». Esta es la opinión que, según Stern, tienen los italianos de sí mismos. (...)

A continuación, Stern nos sirve el caso del «galán de los ojos negros, Antonio Dotoli», que se inmiscuye en el «matrimonio ejemplar» del representante de lavavajillas Rudolf Prang, raptando a «la esposa, hasta entonces trabajadora y ahorrativa», del «bungalow de 38.000 marcos sobre la colina encima del pueblecito cerca de Stuttgart». Todo comenzó el día en que «su mujer compró por 400 marcos un viejo Volkswagen con el que abandonaba la casa tan pronto como su marido había salido» para acabar con «el flechazo por Antonio, ¡que tenía doce años menos que ella!»

Stern relata después cómo Paul «abofeteó a su mujer, a la que no se le ocurrió nada mejor que llamar a la policía. Y eso pese a que Paul sólo llegara a perder la paciencia después de numerosas exhortaciones». ¡Maldición! Irrupción de una patrulla de policía en plena noche. Paul: «Entonces todos los vecinos pudieron saber a qué punto habíamos llegado.» En medio de su desamparo, Paul se dirigió a la Oficina de extranjeros de Leonberg y reclamó la expulsión del italiano. Pero, de confiar en Stern, los derechos de un alemán frente a un extranjero están insuficientemente protegidos: «Sólo podemos expulsar al italiano después de la concesión del divorcio y la condena por adulterio.» A partir de aquí, Paul acusa al derecho y a las leyes. «¿Cómo

es posible, protesta, que un cochino italiano tenga derecho a mayor protección que mi hogar?» El resto de la frase informa al lector de que el afortunado rival trabaja de enjuagador de botellas en la central lechera de Stuttgart.

Allí fue donde yo me dirigí a visitarle. Un jueves, tres semanas después de la aparición del artículo en Stern, a las nueve y media. Por teléfono me dijeron que Dotoli vive en una residencia de la fábrica situada en el recinto de esta última. «Quiero ver al señor Dotoli.» En la caseta del portero, un miembro de los equipos de vigilancia no me deja pasar. «No puedo dejar pasar a nadie, este terreno pertenece a la fábrica. Y, a estas horas, aunque Usted se hubiera anunciado, ya no es posible hacer visitas. Y además ya comienzo a estar harto de tanto Dotoli.» «No sé dónde vive, dice el portero uniformado, tendrá que volver de día.»

Yo finjo que ya he hablado con el jefe y pongo al vigilante en su lugar: «He tenido una conversación telefónica con su director. Sabe que tengo que visitar al señor Dotoli para un asunto urgente. ¡Demonios, al fin y al cabo tampoco estamos en un campo de concentración!» El vigilante está irritado, desconfía de mí, pero me deja pasar: «Al fondo, un viejo edificio de la Wehrmacht.» Indica un viejo edificio de ladrillos dentro del recinto vallado. «Viven allí. Dotoli, tercer piso, primera habitación a la derecha.» Dotoli comparte una habitación de este edificio, que parece un bunker, con dos compañeros italianos. Me cuesta trabajo reconocerle a partir de la foto de Stern. Le faltan dos dientes, detalle que afea sus facciones y le hace muy diferente del estereotipado «galán de ojos negros» de Stern: se trata de mantener el tópico del «galán de ojos negros». La foto de Stern, que sólo reproduce una parte del retrato, tampoco muestra el lugar donde ha sido hecha. Sólo es identificable el aire sombrío de Dotoli. Antonio Dotoli cuenta cómo le sacaron la foto: se dio cuenta de que le fotografiaban mientras estaba en la sección de envíos cargando cajas de leche. Quiso decir algo al fotógrafo, pero éste se alejó. Esta historia le ha acarreado muchos problemas en la fábrica, cuenta Dotoli, no quieren demasiado a los extranjeros y ahora se ríen de él y le insultan. Quiere ir a ver a un abogado a causa de la mujer. Todo lo que se dice en este artículo es totalmente falso. El matrimonio ya estaba acabado cuando él conoció a la mujer, y sólo podía verla a lo sumo una vez por semana, pues no podía salir del trabajo todas las veces que quería. Ahora casi no la ve; ella tiene miedo de mostrarse en público con él, aunque lleve mucho tiempo separada de su marido y viva en otro lugar.

Alrededor del 70 % de los trabajadores inmigrados están alojados en unos campos de barracones o en unas residencias pertenecientes a las fábricas. Además, una verja bastante alta, de malla apretada, rodea generalmente el campo de barracones. De este modo los obreros están permanentemente disponibles y controlables. En el campo de inmigrados, vallado, de la empresa

Preudenberg en Weinheim/Bergstrasse, por ejemplo, se ve una pancarta escrita en alemán y español colgada a la entrada: «¡Se ruega mostrar los documentos de identidad! ¡Queda prohibida la entrada en la residencia a cualquier persona extraña!» Hace un año, le prohibieron la entrada al hermano de un obrero español enfermo, que había llegado de Frandort para visitarle. Para un total de seiscientos obreros españoles, sólo hay ocho duchas, dos de las cuales están actualmente estropeadas. La verja exterior no parece suficiente a la dirección de la fábrica. Todas las ventanas de los barracones están protegidas además por una reja. Las necesidades sexuales también están reglamentadas de acuerdo con el estilo del campo. Un proxeneta alemán aparece una vez por semana con una prostituta italiana en un Opel familiar con asientos reclinables. El plazo concedido a cada cual está absolutamente medido, cinco minutos en total; el que necesite más tiempo puede comprar unos minutos suplementarios por lo marcos: hay una multitud que espera haciendo cola a lo largo del recinto.

Estos «intérpretes de confianza» son utilizados frecuentemente en las grandes empresas como espías, a fin de suministrar informaciones sobre las opiniones políticas de sus compatriotas. Aunque los partidos comunistas italiano o español no estén prohibidos en la República Federal, cualquier contacto o unas simples muestras de simpatía bastan frecuentemente para devolver un obrero a su país. Los trabajadores inmigrados no tienen casi nunca el derecho a cambiar de trabajo. En ocasiones, un tampón suplementario sobre el pasaporte indica, junto al permiso de residencia, que «el permiso de residencia pierde su validez en caso de cese del trabajo en la empresa». De este modo se les priva de cualquier posibilidad de buscar trabajo en otra parte. Se hallan en una dependencia total, entregados a las reducciones de salario y a las arbitrariedades. De luchar contra este estado de cosas, corren el peligro de ser despedidos, lo que para los obreros griegos y españoles significa la expulsión a su país de origen, donde están amenazados por las persecuciones del régimen fascista.

Una de las mayores empresas mundiales de construcción, la Philipp Holzmann, alberga a cerca de setecientos obreros de la construcción procedentes de siete países diferentes en los barracones más rudimentarios, propiedad de esta compañía en Francfort-Réidelheim. Un habitante del campo: «Aquí hay cincuenta y seis letrinas para setecientas personas. El que tiene que utilizarlas se ve obligado a caminar cien o doscientos metros, incluso de noche, sin tener en cuenta el tiempo que haga.» (...)

La fábrica de calzados Bama, de Mo.sbach (cerca de Heidelberg), que emplea a unas cinco mil personas, no necesita tampones para mantener a sus obreros a su total disposición. Sin la menor explicación, retiró su pasaporte a treinta muchachas procedentes de Uruguay. En Montevideo

habían firmado un contrato, de trabajo de tres años. Sólo habían recibido algunas promesas orales respecto a la remuneración y el alojamiento. Se les había asegurado que estarían bien pagadas y que la compañía se encargaría de su vivienda. El salario mensual era de 430 marcos, ellas mismas debían buscarse una habitación, por la que a veces llegaban a pagar 150 marcos. El sábado estaban obligadas a hacer horas extra, que con frecuencia ni siquiera cobraban a la tarifa de las horas normales. A veces les entregaban 15 marcos por ocho horas suplementarias. Además, la empresa seguía descontando de su salario 1.980 marcos en concepto de gastos de viaje.

Cuando las jóvenes se negaron a seguir haciendo unas horas extra tan poco lucrativas, la empresa les descontó de repente 300 marcos de su salario a cuenta de dichos gastos. Tuvieron que dirigirse a amigos y conocidos para reunir el dinero necesario para la residencia y la comida. Casarse con un alemán era la única posibilidad de escapar a este contrato de esclavitud. Cuatro de ellas lo consiguieron y ahora trabajan en otras fábricas.

La «Fábrica hanseática de piensas y tratamiento de harinas de pescado», en Hamburgo-Harburgo, alberga a unos cien italianos en unos barracones pertenecientes a la fábrica y construidos dentro de su recinto. «Estamos bastante bien pagados, dice el italiano G., y hay trabajos más difíciles. El único inconveniente de este trabajo es que el olor de la harina de pescado se te pega a la piel.» Este es el motivo por el que la mayoría no salen nunca del campo; no se atreven, por ejemplo, a ir al restaurante. Giovanni lleva tres semanas sin salir y Cadino dos meses. «Para nosotros, es como un nuevo servicio militar, dice Giovanni. Es imposible ascender. Los alemanes son jefes de equipo y encargados; nosotros hacemos los trabajos sucios. No se da un solo caso de un italiano que haya llegado a encargado. Tampoco nos es posible aprender el alemán para poder plantear problemas, no tenemos intérprete.»

Suena un disparo en la casilla del portero. Es el vigilante que está de servicio desde las ocho de la mañana hasta las seis del día siguiente, y de vez en cuando dispara al aire para no dormirse. A veces abre -sin llamar- la puerta de la habitación donde estamos para asegurarse, como dice, de «que todo sigue en orden». Luego pasa la mano sobre la cabeza de Giovanni como si se tratara de un animal doméstico. Giovanni cuenta que ha conseguido este trabajo por mediación de la Misión Católica, que está haciendo más por ellos que las Oficinas de Colocación. Este año, la paga de Navidad para los trabajadores extranjeros ha bajado de 230 marcos a 200 marcos, y todo obrero que abandone la fábrica antes del mes de marzo está obligado a devolverla.

El italiano Angelo, -de 35 años, cuenta: «Era el año pasado en un momento en que no había demasiado trabajo me fui a contabilidad con mi hoja de paga para preguntar qué significaban las diferentes indicaciones. Nadie entendía lo que querían decir. Me dijeron: "Si no te largas ahora

mismo, te echo a la calle. ¿Quieres que te ayude?" Entonces yo me largué.» Fue por la misma época, cuenta Giovanni, en que despidieron a todos los que llevaban más de tres días enfermos. Ni siquiera se les avisaba por escrito. El director les hacía llamar, les devolvía sus papeles y decía: «Búscate otra cosa.» Y Carlino cuenta que el día en que Benito, de 20 años, agarró torpemente un saco y derramó la harina de pescado, eso bastó para que le despidieran sin preaviso. «Pero hoy sigue ocurriendo lo mismo -dice Carlino-. Por la mañana nos dicen: "Hoy no hay trabajo, podéis volver a los barracones"; o bien: "Hoy no hay gran cosa que hacer, sólo trabajaréis tres o cuatro horas, lo que haga falta"; pero no nos pagan las horas perdidas.»

Para paliar eventuales dificultades con los países de origen de los trabajadores extranjeros reclutados, se firmaron en aquella época algunos acuerdos secretos, al menos con España y Portugal. La prohibición de abandonar el territorio está reglamentada, por otra parte, por el artículo 19 de la Ley sobre extranjeros del 28 de abril de 1965: «Puede prohibírsele a un extranjero la salida del territorio si 1) atenta a la seguridad de la República Federal alemana [... o bien] 5) si intenta eludir la obligación de trabajar».

Ya existe un «fichero de previsión» en el «Fichero central de trabajadores no alemanes» de Munich, en el cual están fichados hasta ahora más de cincuenta mil extranjeros, algunos de ellos por la mera y simple razón de que se les considera sospechosos de tener ideas que «pueden perjudicar el interés del Estado», es decir, opiniones políticas de izquierda. No cuesta el menor trabajo deducir de las declaraciones oficiales que, en la óptica de la industria, «la utilización de los trabajadores inmigrados va más allá del objetivo inicial, es decir, resolver la falta de mano de obra, para convertirse en una opción humana que pone en juego tanto al individuo como a pueblos enteros» (Der Ausländische Mitarbeiter im Betrieb, Verlag Moderne Industrie). La utilización de los trabajadores extranjeros es asimilada a los «choques y desplazamientos de población ocasionados por la guerra que, aunque sean empresas conducidas con frecuencia bajo malos auspicios, han contribuido siempre a fecundar la civilización y la cultura europeas» (íbid.).

El lenguaje utilizado indica claramente el lugar y el significado atribuidos a los extranjeros en la economía alemana: se alimenta el fuego coyuntural con el carbón necesario, ¡y nada más! Los trenes suplementarios que aseguran el transporte de los extranjeros llevan en los tablones de anuncios la mención «desaconsejado». Los trenes llegan de lejos; a menudo llevan más de cuarenta horas de viaje a sus espaldas, y, como el material humano que transportan no son turistas, no tienen a su disposición literas ni coches-camas, y a menudo los vagones carecen de la calefacción suficiente. Una enfermera de la Cruz Roja que acoge en la estación de Colonia-Deutz este tipo de

cargamentos -llegan casi todos los días- me decía: «Los niños que forman parte del convoy están muchas veces totalmente ateridos. Tenemos que comenzar a recalentarles en nuestra enfermería.» Los restantes, hombres y mujeres, de quinientas a setecientas personas, esperan al aire libre, puesto que Colonia carece de una sala de espera capaz de albergar a tal cantidad de extranjeros; entonces hacen una cola de cien metros; en invierno siguen helándose, esperando pacientemente que se les llame por su nombre para enviarles hacia su destino final.

El miedo se precisa cuando se trata de buscar una habitación o un apartamento. Yo he llevado a cabo una experiencia en Colonia: he intentado encontrar una habitación amueblada a través de los anuncios por palabras. Al principio, explicaba, que buscaba habitación para un amigo mío extranjero, un denominado «trabajador huésped». De treinta peticiones, sólo un anunciante se manifestó dispuesto a alquilar su habitación. La mayoría contestaban sin la menor ambigüedad: «No alquilamos a extranjeros», o bien respondían con una evasiva: «Ya está alquilada». Cuando unas horas después llamaba a los mismos propietarios diciéndoles que buscaba una habitación para mí, alemán, todas las habitaciones seguían estando disponibles.

Existen, sin embargo, unos propietarios que sólo alquilan a extranjeros: antiguos hangares habilitados bajo techos de fábrica, granjas, cines convertidos en alojamientos, talleres de fábricas abandonadas divididos en habitaciones minúsculas por unos delgados tabiques de madera, ruinas hechas apenas habitables, bodegas, barracones. Todo ello a precios exorbitantes. Un apartamento de tres habitaciones que, alquilado en condiciones normales, daría unos 300 marcos de beneficio llega a rendir de 800 a 1.200 marcos cuando está ocupado por ocho o doce extranjeros. Es una cosa bastante frecuente. Estos alquileres usurarios suelen ir acompañados de la limitación de los derechos de los inquilinos. Tengo en mi poder, por ejemplo, un «reglamento de la casa» que, además de los diecinueve artículos destinados a los alemanes, dedica tres artículos suplementarios a los extranjeros:

«Artículo 20: los trabajadores inmigrados que vivan en el sótano sólo pueden recibir visitas con la autorización del propietario.

21: Queda absolutamente prohibido albergar visitantes por la noche.

22: Hay que obedecer las órdenes del portero. Cualquier infracción a los tres últimos artículos del reglamento supone la rescisión del contrato y la expulsión del inquilino.»

Las grandes empresas ponen frecuentemente a disposición de los trabajadores inmigrados unos rascacielos modernos, unos silos para hombres y unos ghettos para mujeres, perfectamente higiénicos. Abarcan un amplio espectro desde el tipo de asilo al tipo albergue juvenil moderno. Pero estos lugares, prescindiendo de cuál sea su estilo, siempre dejan una impresión deprimente. Porque viven aislados de la población alemana -el III Reich utilizaba la expresión «pueblos auxiliares»-,

porque permanecen encerrados entre ellos, se les evita, están separados de sus mujeres e incluso de cualquier mujer, viven aislados dentro de unas comunidades de hombres o de mujeres; estas personas apenas aprenden el alemán y sólo se atreven a salir en grupo; unos extranjeros que permanecen como extraños a causa de las condiciones de alojamiento, tal vez soportables durante un cierto tiempo si son provisionales, pero que provocan psicosis de internamiento, homosexualidad, resentimientos, si se convierten en permanentes. Más de una cuarta parte de los extranjeros llevan más de siete años viviendo de este modo entre nosotros, casi un tercio desde hace cuatro años y más; todos ellos viven en unas condiciones deplorables. (...) [Pero] «Son capaces de rendir los mayores esfuerzos físicos, lo cual nos permite encomendarles los trabajos pesados, pues resultaría difícil encontrar obreros alemanes para este tipo de trabajos» (Zollner, director general de la Agencia federal de empleo, en el curso de la 29.ª asamblea general). Puesto que tratamos con unos bárbaros sin cultura, que deben «orientarse en nuestro medio social y cultural -el cual les es extraño-, lo que no podrá realizarse sin crueles experiencias», incluso los peores trabajos son demasiado buenos para ellos.

«Sabemos que en determinados casos la recogida de basuras ya no podría funcionar si no dispusiéramos de los trabajadores inmigrados» (Fassbender, economista).

«La construcción del metro de Frandort utilizó un 80 % de inmigrados (8 accidentes mortales). En general, el porcentaje de accidentes es dos veces mayor en los trabajadores inmigrados que en los alemanes; en las fábricas Volkswagen hay 7,2 accidentes por cada 1.000 obreros alemanes y 16 por cada 1.000 extranjeros; en los ferrocarriles, la proporción llega a ser de 8,2 contra 36,4.

En cambio, enferman con menos frecuencia que sus colegas alemanes, «pues examinamos cuidadosamente el estado de salud de los extranjeros que reclutamos a través de nuestras comisiones; los que tienen una salud deficiente no son aceptados» (Zollner, con motivo de la 29ª asamblea general de Bonn).

Otro punto positivo que anota el Dr. Zollner es el hecho de que «en los alojamientos colectivos no es demasiado agradable fingir que se está enfermo». «El 60 % tienen escasas posibilidades de simular realmente una enfermedad». Cuando el mérito no corresponde al servicio de vigilancia de la fábrica, se debe a menudo al estado de los lugares. La definición de alojamiento «conveniente» se regula a partir de los principios fijados en un decreto relativo al alojamiento de los obreros de la construcción.

Albert Stehlin, presidente de Caritas

«(...) Forma parte del comportamiento normal de un italiano en su país intentar darle la vuelta a una situación en beneficio propio mediante las artimañas y la astucia; entre nosotros, esto no es posible y resulta una fuente de equívocos. El orden, la limpieza, la puntualidad son para nosotros las cualidades naturales de un hombre honesto; el Sur no conoce ni enseña estas cualidades, y esto es lo que provoca aquí las dificultades de adaptación.»

La utilización de extranjeros permite economizar en otros aspectos: «Tenemos además la ventaja de que el porcentaje de solteros es más alto en los extranjeros y que, por consiguiente, los gastos provocados por las familias, tanto respecto a la escuela como al hospital u otras instituciones; resulten muy inferiores a la media. Los gastos de escolarización son mínimos comparados con el promedio de gastos para los alemanes; y, en la medida en que los trabajadores inmigrados gozan de un cierto nivel de instrucción, evitan gastos a la economía alemana» (Zollner).

Por otra parte, es posible utilizar a los inmigrados para una política de «moderación de salarios» y de «reforzamiento de la conciencia profesional». «Necesitaríamos dos millones de obreros más si no dispusiéramos de 1.200.000 obreros inmigrados. En el mercado del trabajo, y especialmente en el terreno de los salarios, las tensiones resultantes de esta situación serían difícilmente soportables y los riesgos de incidentes muy graves, de tal manera que no hay que minimizar en absoluto el efecto de equilibrio de los salarios producido por la utilización de los inmigrados» (Zollner).

Zollner prefiere la situación de «tensión nacional», de la que espera «un efecto estimulante» para la supresión de las barreras nacionales y la solidaridad con los colegas alemanes. «En las empresas hay que mostrar de vez en cuando al extranjero que el alemán sabe trabajar. Estas rivalidades deben tener un efecto que suponemos vivificante», que debe, según el antiguo canciller Erhard, «ser interpretado como un elemento estabilizador en materia de puntualidad y de conciencia profesional en la República Federal».

Existen actualmente en la República Federal alrededor de trescientas a trescientas cincuenta compañías que practican el reclutamiento de trabajadores inmigrados bajo contrato para realquilarlos a continuación mediante una gratificación adecuada. Estos «prestamistas» son generalmente unas sociedades que se componen de una sola persona; no precisan grandes capitales sino simplemente la observación atenta del mercado, buenas redes de importación del extranjero y contactos con la gran industria. Estos mercados de esclavos modernos aseguran en período de coyuntura alta un inmediato refuerzo de mano de obra; sus actividades han sido legalizadas por una sentencia del Tribunal constitucional federal del 4 de abril de 1967 (hasta esta fecha, la Agencia

federal para el empleo y el seguro de paro, con sede en Nuremberg, poseía el monopolio de colocación en el caso de los citados «contratos de cesión de mano de obra»).

Existen aproximadamente unos quince trabajadores clandestinos por cada cien en situación regular.

Una sociedad de arrendamiento: «Sírvase recoger dos peones de albañil».

Los contratos de trabajo demuestran el valor que la industria concede al trabajo humano. Las empresas entregan de 9 a 11 marcos por hora a los «prestamistas» por los trabajadores que éstos les alquilan. Los «prestamistas», por su parte, pagan entre 3'50 y 4,50 marcos a los trabajadores alquilados, después de la deducción de las cargas sociales, o sea el 25 %; se embolsan el resto en calidad de pago por su «trabajo». En noviembre de 1968, un «prestamista» de mano de obra, Pavlovic -exiliado yugoslavo- se retiró a la Riviera con varios millones de marcos. Pavlovic había montado en el país y en el extranjero quince agencias de reclutamiento; llegaba a publicar anuncios en los diarios yugoslavos. Exigía únicamente a quienes buscaban trabajo que poseyera un visado de turista o de tránsito. Cuando se presentaban ante él, se quedaba con su pasaporte y les prometía que les procuraría los papeles necesarios, permiso de residencia y carta de trabajo -cosa que no hacía jamás. Cuando Pavlovic se retiró del negocio, tenía 450 trabajadores inmigrados bajo contrato, colocados todos ellos en empresas de construcción, y 287 de ellos carecían de permiso de residencia y carta de trabajo.

El «prestamista» de mano de obra «ganaba» un promedio de 5 a 6 marcos a la hora por obrero y embolsaba, por tanto, 72.000 marcos por semana de trabajo.

Este caso se hizo público; pero las empresas de construcción que habían explotado de tal manera a los extranjeros, no comparecieron ante los tribunales.

Filippo M. llegó a Alemania en 1961; «libremente»; su casa había sido destruida por un terremoto. El contrato que había firmado en Italia ante una comisión de reclutamiento alemana le prometía que podría ejercer en Alemania su profesión de carpintero. Cuando fue contratado como minero de fondo en una mina de Oberhausen, descubrió que su oficio no era particularmente buscado en Alemania. Su «conducta» en la mina era la siguiente: debía extraer el 20 % más que sus compañeros alemanes por el mismo salario.

«Esforzándose por integrarse y adaptarse a nuestras condiciones de vida», rompió su contrato-mordaza de dos años y trabajó unos dos meses sin contrato en una lechería de Düsseldorf. Vivía en el número 11 de Fehrbelliner Strasse, en una habitación de 2,50x3 metros, teniendo por todo mobiliario una silla, una cama y una mesa. Alquiler: 110 marcos. Un tabique de contrachapado le separaba de una habitación de iguales dimensiones en la que habitaba una familia griega de tres personas. Filippo hizo venir a su mujer de Italia. Trabajaron juntos en la empresa Dawidat de

Remscheid. Tuvieron la suerte de poder alquilar dos pequeñas buhardillas en el número 54 de la Martin-Luther Strasse, Como los aseos no estaban incluidos en el alquiler y vivían al lado de una comisaría de policía, Filippo tuvo que pagar varias multas por haber hecho sus necesidades en un jardín público. Por «haber hecho propias nuestras concepciones», Filippo cambió de casa después de haber buscado durante largo tiempo un apartamento. El propietario alemán de una vivienda unifamiliar de la Solinger Strasse cedió a Filippo una habitación y media en el sótano (38 m²) a cambio de 220 marcos. Allí, si bien tenía aseos a su alcance y la posibilidad de hacer una parte de la colada en la cocina, le estaba prohibido en cambio instalar una antena de televisión a lo largo de la fachada y traerse consigo a sus tres hijos (viven con sus padres en Italia), pues el propietario, cuyos dos hijos tienen la habitación justo encima de la de Filippo, no soportan el ruido. Filippo había suscrito el año anterior un seguro de automóvil; la compañía le exigió que pagara de golpe las primas del seguro de dos años, mientras que había convenido verbalmente con el corredor el pago semestral de las primas. La mujer de Filippo intentó conseguir de su empresario que le dieran las vacaciones al mismo tiempo que su marido, a fin de poder ir juntos a ver a sus hijos a Italia. Fue una de las primeras en apuntarse en la lista de peticiones de vacaciones anuales. Su encargado y el delegado sindical alemán le hicieron entender que se tomaban primero en consideración las peticiones de vacaciones de las obreras alemanas. Tuvieron que tomar sus vacaciones por separado. Al regreso de las vacaciones, Filippo encontró su puesto de trabajo ocupado; le dieron un trabajo más difícil y más sucio. Se quejó ante el comité de empresa; éste le respondió que los italianos se volvían cada vez más descarados y que habría que cerrarles la boca. Si no estaba contento, que se largara al lugar de donde había venido. (...)«Lo que interesa primordialmente a los trabajadores inmigrados es poder ganarse tranquilamente la vida» (profesor Balke, de la Confederación de las Asociaciones de empresarios alemanes).

(...) La pensión Dreesen es una fábrica abandonada. Cuando las fábricas Backhaus fueron absorbidas por la fábrica de felpas Diehl y los talleres dejaron de ser utilizados, Dreesen, antiguo propietario de una zapatería, compró el barracón por un precio irrisorio. Dividió el taller en varias habitaciones separadas por tabiques de madera y colocó ocho extranjeros en cada una de ellas: los italianos a la entrada y los marroquíes al fondo. Una habitación que rendiría normalmente en el mercado de la vivienda menos de 100 marcos mensuales rinde aquí 700. Dreesen llega incluso a alquilar por el mismo precio los caramanchones a los marroquíes que carecen de permiso de residencia. Tienen que trepar por una escalera de mano para llegar a su madriguera, y el techo es tan bajo que ni siquiera pueden sentarse en la cama. Los negreros llegan a la pensión Dreesen entre las 6 y las 7 de la mañana; endosan los trabajadores desprovistos de permiso de residencia a las

empresas de construcción por un salario diario muy inferior frecuentemente a la tarifa normal. La comisión obtenida por esta auténtica trata de seres humanos es con frecuencia más elevada que el salario diario del obrero. Para recoger su mercancía, uno de esos «prestamistas», conocido con el nombre de Klaus, de unos 30 años de edad, llega cada día con un coche diferente.

Junto a su pensión-fábrica, Dreesen ha comprado un café que estaba al borde de la quiebra y lo ha convertido igualmente en dormitorio para trabajadores inmigrados. Los alojamientos destinados a los inmigrados comienzan allí donde acaba el revestimiento de madera de las paredes; son unas habitaciones minúsculas separadas entre sí por tabiques de madera. Una habitación de catorce metros cuadrados, por ejemplo, alberga a ocho españoles. Durante el día, dejan las maletas en la cama. Por la noche, cuando se acuestan, las depositan en el estrecho pasillo. En esta pensión no hay duchas y sólo ocho wateres para doscientos cincuenta pensionistas. Dreesen ha hecho el negocio de su vida, prácticamente sólo tiene beneficios, unos 2.000 marcos al mes.

No tiene nada que temer de la policía. Hace dos años, un poco antes de Navidad, cincuenta policías irrumpieron en su pensión, no iban a por él sino detrás de sus pensionistas, cuyas maletas fueron registradas una por una con la esperanza de encontrar en ellas propaganda comunista o bien descubrir inmigrados en situación irregular. Parece que la redada se concluyó con éxito, porque una docena de ellos fueron detenidos y expulsados. A Dreesen no le cuesta el menor trabajo encontrar nuevos huéspedes, pues la puerta muestra siempre el cartel de «completo».

Granja independiente en muy buen estado

Con cuadras, granja, gran prado lleno de árboles, posibilidad de construcción y de ampliación. Ocasión única para la cría de caballos o alojamiento de trabajadores inmigrados, granjas y cuadras transformables, 6 habitaciones, cocina, cuarto de baño, W. c., 200 metros cuadrados habitables, ocupable inmediatamente, se vende en la región de NeuUlm, Ref.: P 71 111u.

La empresa MAN aloja a sus trabajadores inmigrados en Munich-Gerberau, en unos vetustos barracones que datan del III Reich y servían entonces para albergar a los trabajadores forzados. Casi todo sigue igual: el mismo revestimiento de cartón en las paredes, ninguna calefacción en los cuartos de baño, y las canalizaciones no han vuelto a ser limpiadas desde aquella época, de modo que las habitaciones huelen a orines.

La MAN cobra 40 marcos por cama, así que gana 22 marcos por metro cuadrado. Un diario de Munich proyectaba hacer un reportaje sobre el campo. Entonces la MAN amenazó con retirarle la publicidad, y el diario se calló.

En el transcurso de la primera fase de la inmigración anterior a 1960, los trabajadores italianos, españoles y griegos habían sido alojados junto con sus familias en los barracones semipodridos del antiguo campo de concentración de Dachau, en Baviera (cosa que al fin y al cabo era bastante lógica).

En época de crisis, se juega con el potencial de mano de obra extranjera en contra de los obreros alemanes. Con motivo de la huelga de los obreros de la industria del papel dirigida por el Sindicato de la Industria Química en el verano de 1962, se intentó por vez primera, presionando sobre ellos, enfrentar a los trabajadores inmigrados con sus compañeros alemanes y servirse de ellos como esquirolas. Tanto en Alemania del Norte como en Renania-Palatinado, algunas empresas comenzaron por intentar reclutar durante la huelga «nuevos» trabajadores inmigrados prometiéndoles una prima suplementaria; después intentaron romper las huelgas utilizando grupos de trabajadores inmigrados prestados temporalmente por otras empresas.

Se amenazaba a los inmigrados con expulsarles inmediatamente si se negaban a ser trasladados de una fábrica al margen del movimiento de huelga a una fábrica en huelga. La compañía publicó una «resolución» escrita bajo presiones de un grupo de trabajadores griegos en la que podía leerse «que ellos sólo habían ido a Alemania a ganar dinero y que la huelga de los obreros alemanes no les interesaba». La solidaridad de los trabajadores inmigrados con sus colegas alemanes hizo fracasar estos intentos de romper las huelgas utilizando los trabajadores inmigrados sometidos a un chantaje. (...)

En cualquier caso hay una cosa que los inmigrados suelen adquirir frecuentemente en la República Federal: la conciencia política. En algunas regiones de Italia donde el porcentaje de emigración y de retorno al país es elevado, el Partido Comunista gana votos. No porque los obreros hayan sufrido la influencia de «infiltraciones» comunistas en la R.F.A., sino porque han experimentado en sí mismos las diferencias entre las clases sociales.